

¿Ves esa niña con tanto rizo,
Color purpúreo, gran cabellera,
Pecho turgente y alta cadera?
Pues mira, Fabio: todo es postizo.

—De veras que sí, señor amo; y no solamente los colores, sino que también los dientes tenía una de ellas, según me aseguró la *mesma ña Nicolasa*, *mercados* en casa de un señor extranjero; pero como era joven y su novio no sabía que tenía aquel *defeuto*, lo que más solía elogiarse de ella era precisamente los dientes.

—Si hubiera sido mi amigo, le hubiera aconsejado que para elogiarla con toda propiedad le hubiera dirigido esta redondilla:

Dice cierto poeton
Que tienes, Laura gentil,
Dientes de puro marfil;
Y el diantre tiene razon.

—¡Ay, señor amo! y qué bien le pegaba ese versito. Pero lo que más me enojaba era el ver las vueltas que hacían dar á los dependientes de todas las tiendas, que iban cada rato á cobrar sus cuentas, al carrocero, á la modista, al dueño de los muebles, al del piano, y á otra porción á quienes tenía orden de no dejarles subir el portero, y á los que despachaba, con *no están en casa: están con visitas: acaban de salir: vuelva vd. á la tarde*, y otras palabras así que no eran más que pretestos y embustes para no pagar.

—Ya veo que los criados son la historia de las casas en que sirven, y que nadie se salva de sus lenguas.

—Yo no murmuro: su mercé me ha dicho que cuente lo que me ha pasado, y yo cuento lo que es verdad. Pero ya que su mercé se disgusta, ya no contaré que de noche se *runian* en la casa una porción de *catrines* á cantar *agrias*, *buos* y *quen* sabe que otras cosas; y que á uno le decían *primo baso*, á la niña de los dientes, *prima donna*, á otro *primo tenore*, á otro *archémbalo*; y que mientras los *papás* de las niñas se dormían en el sofá al ruido de la música, los *primos donnos* y las *primas donnas* hacían un cambio de cartitas perfumadas que solo para visto.

—¿Y tú estarías en tus glorias observando todo?

—Al contrario, señor amo; porque yo tenía sueño y precisión de levantarme temprano; y mis amos como se levantaban á las once del día, no se acostaban hasta la una: de manera que eran como las lechugas, que duermen de día y vuelan de noche, y luego como eran tan *remolones* para pagar el sueldo á los criados. Así yo también tendría coche, y piano, y muebles y criados, que debiendo á todos....

—Sin embargo, no debes creer que todas las personas que tienen coche, observan esa conducta. Bien sé yo que hay alguna que otra familia que pretende mantener un lujo que excede á sus facultades; pero en lo general toda es gente que cumple religiosamente con sus deberes y compromisos.

—Demasiado lo *vide* en la casa en que serví *dempues*: porque allí el cochero, el lacayo, el portero, la *recamarera*, yo, y todos estábamos bien pagados; nos molestaban poco y nos daban de comer bien y abundantemente.

—Ya voy viendo que los criados, son la historia imparcial de la sociedad.

—Para que lo vea su mercé. Nosotros contamos lo que pasa y nada más. Pero poco me duró la *ganga*, porque se enfermó la ama; y toda la familia se *jué* á vivir á la hacienda para ver si mudando el temperamento se aliviaba. Pero como el señor me tenía *muncho* cariño, me recomendó á unos extranjeros que tenían almacén, á donde entré á servir con más sueldo.

—Este es el otro movimiento de la tierra, y en que el sol se va acercando al zenit.

—Pero la verdad pronto me aburrí de estar allí; pues aunque me pagaban bien, me daba *muncho* berrinche el que siempre estuvieran con su lengua de perro, *mormurando* de los mexicanos: que no se quitaban el sombrero cuando pasaba Nuestro Amo, y que se burlaban de los que oían misa y se confesaban.

—Tuviste razón: que no hay cosa que indigne más que oír que ingratos extranjeros hablen mal de aquel país en que han labrado su fortuna, olvidándose de que ellos dan una prueba de inciviles y poco urbanos con espresarse así delante de las personas á quienes ofenden, y que les han recibido con afabilidad. Pero corre á ver quien llama á la puerta.

—Es el tintero, señor amo, con la levita que dice su mercé que *jué* violeta, y que hace dos años la mandó teñir de verde, luego de morado y *ultimadamente* de azul oscuro.

—Entrega estos tres duros al que la trae, y vuelve.

—Aquí estoy, señor amo.

—Ponte la levita.

—¡Yo la levita de su mercé!

—Sí; la ropa de los escritores tiene la virtud de hacer ver al que se la pone, todo aquello que pasa en lo más oculto de la sociedad; y como mi objeto es conocer al criado en todas sus faces, y tú no has llegado á recorrer toda la escala social, me veo precisado á examinar por mí mismo, el único punto que me falta.

—¿Y qué, yo veré cuanto su mercé dice, con solo ponerme su levita?

—Sin duda: póntela pues.

—¿Y si se rompe, señor amo, por lo débil que el tiempo, el uso y tanto teñirla, han puesto el paño?

—Nada le hace; porque cuanto mas rota la ropa del escritor, mas virtud encierra.

—Si es así, obedezco.

—¿Qué ves?

—*Munchas* personas, señor amo, con casacas antdiluvianas, de punto pulmonar y cuello piramidal que, haciendo mil cortesías entregan varios papeles á un señor muy bien vestido, y que sentado sobre su blando y dorado sofá les saluda con una leve inclinacion de cabeza.

—Pues bien, los primeros son solicitantes, aspirantes á algun destino; jente que no tiene mas trage que el que lleva, y que quiere sacar la panza de mal año.

—¿Y ese señor tan bien puesto?

—Ese es el ministro.

—¿Como me *cuadra* esta levita, señor amo!

—Dirije ahora la vista hácia la antesala. ¿Qué ves?

—Un señor de frac y sombrero alto que no deja pasar á otros solicitantes, y que de *pilon* les trata con despotismo.

—Mira por medio de tu levita, qué destino tiene en la casa.

—¡Ay, señor amo! ¿*Quen* lo habia de decir? ¡es un criado nada mas!

—Mírale detenidamente á ver si le conoces.

—¡Animas benditas! es él...!

—¿Quién?

—Mi compadre ñor don *Jenovevo*; el que hacía á Judas en la Semana Santa.

—Ya tenemos á la tierra en su perihelio: al criado mejicano desde su humilde clase de indio hasta la alta de sirviente de ministro: desde el sombrero de petate al sombrero alto de ala corta; desde la camisa de ordinaria manta al frac de paño fino. Pero siempre contento, sin ambicion, sin remordimientos, sin pensar en el porvenir; y sin hacer jamas ostentacion de su preclaro origen, mas noble, puro y antiguo que el de todos los reyes, príncipes, y grandes de la tierra. El criado es la historia esacta, pero picaresca y mordaz de toda la sociedad.

¡Y vosotros los que andais sacando del polvo los viejos pergaminos salvados del diente de las ratas, para buscar la genealogía de todo el que está en el poder, no por la honra que puede causarles, sino por el empleo que puedan daros, confesad avergonzados que, con mas justicia y menos provecho, he hecho un servicio á la sociedad, á la humanidad desvalida, á la historia y á los curiosos, probando con sólidas razones, que, el primer destino del hombre, la primer dignidad, el primer cargo, fué el de Criado.

Méjico á 9 de Julio de 1855.